Versos de un amante nocturno,
A una chica de tinta.

Canto primero.

(De cuando la vi)

Conocí a mi grillo por las calles de Madrid.

Llevaba una sonrisa triste, y los dientes blancos,

Como farolas en mitad del barrio pobre,

Que alumbran los sueños de los chiquillos.

Portaba su sonrisa triste como estandarte

De la mayor apología al romanticismo,

Y a la tristeza por ende de la miseria escrita

En unos versos escritos con la bruma de las esquinas.

¿Dónde vas poetisa? ¿Acaso has huido de los rascacielos?

Su cabello oscuro como el abismo del universo,

Se mostraba efímero como la vida de una mariposa.

Huyó.

Tan solo recuerdo su cabello y su melancolía.

(De cuando espié sus poemas)

Me la encontré en un bar de esquina,

De mesas sucias, de polvo con colillas.

Más en aquella sucia mesa,

De publicidad de Coca-cola,

Destacaba una pulida máquina de escribir.

Era vieja y la madera negra estaba arañada;

De recuerdos, de astillas y de aristas,

De madrugadas enlatadas en versos.

De versos oníricos sátiras de la realidad.

Tus manos se deslizaban gráciles,

Como las golondrinas cuando remontan el vuelo,

Y tus uñas rojas de charol, como sangre de torero arrepentido.

Escribías concentrada, con la sangre enervada,

Con el corazón aplastado, de cualquier manera,

En aquella vieja máquina de escribir de tu tierra.

A cada letra el sonido metálico martilleaba mis oídos,

Como el compás de aquél tiempo muerto

Que tus dedos caprichosos me dictaban.

Me senté y pedí un café con hielo.

Siempre fui un amante de las ironías.

Te marchaste y vi tus bailarinas negras.

En ese momento conocí parte de su ira.

De cuando eché de menos lo desconocido.

12 de la noche.

Me remuevo y te pienso,

Mientras te anhelo.

Y sueño que te beso,

Mientras en versos,

Cortos, como mi raciocinio,

Como mi conocimiento,

Te encuentro.

¿Dónde estás?

¿Qué escribes?

¿Cuál es tu futuro?

¿Por qué ese rojo?

¿Por qué tú?

Dime cuál es tu poeta,

Tu Lorca o tu Machado,

Tu Alberti, o tu Bécquer.

O tu desconocido,

Permanentemente ausente,

Pero presente,

Pues cualquiera puede ser.

Dime qué pie calzas,

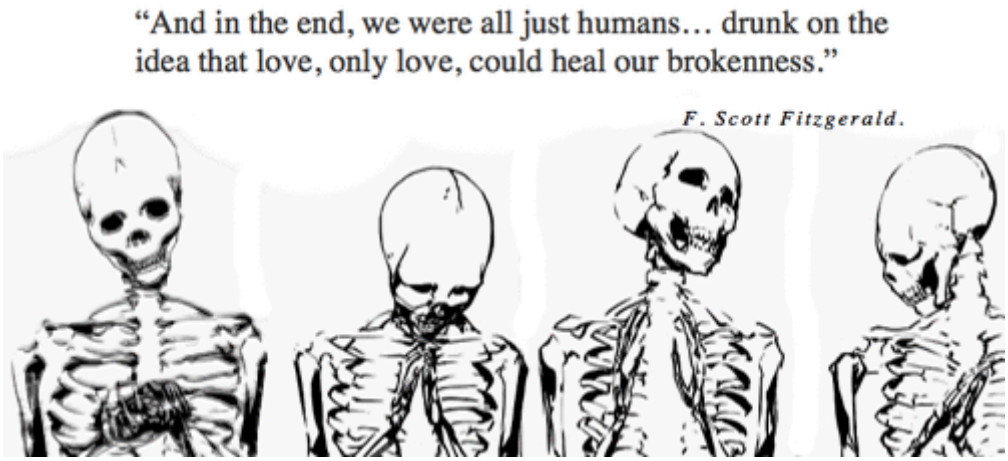
Como te gustan las magdalenas,

O el despertar.

Pero sobre todo,

Quiero leer tus versos.

(Creo que debería dormir).



He de ser valiente.

Te he buscado.

Y no te he encontrado.

Te he buscado en aquel café,

Buscando aquella máquina vieja y rota.

Te he buscado en aquellas calles,

Y no te he encontrado;

Por no encontrar no he encontrado ni mis zapatos.

Ni mi hogar.

No tengo quizás.

Te busco.

S

E

G

U

N

D

O

S

Que saben a minutos.

M

I

N

U

T

O

S

Que saben a horas.

H

O

R

A

S

Eternidades.

Como la cuenta del olvido de la muerte,

Como los latidos desbocados sordos.

¿Dónde estás?

Grito por encima del ruido,

De las carcajadas sordas,

De los dientes cortantes,

De las promesas banales.

Grito por encima del mar,

Y el mar me devuelve tu eco,

De sus olas contra tu espalda,

Del batir de tus alas.

Canto segundo.

Noches de verano.

La ciudad se ha vuelto fría con tu ausencia,

Desconocida.

Bruma de un recuerdo pasado,

Espejo de un océano de llamas.

Te busco en aquel café sucio,

Mientras remuevo el café frío del cielo,

Y tan solo encuentro remordimientos.

La ciudad es fría e inhóspita.

Sus garras me acarician,

Y me susurran lo cobarde que fui.

Del mar de lágrimas.

No entiendo como no enamorarme,

De tu poesía al caminar.

No entiendo como no enamorarme

De tus bailarinas al andar,

De tus uñas rojas,

De tu melancolía,

Y por ende de tu ira.

No entiendo como no enamorarme,

De tu cabello azabache,

De tu mirada desconocida,

De tus versos torcidos,

De tus entrañas,

De tus cicatrices y heridas.

No entiendo como no echarte de menos,

Como quien añora lo nunca tenido,

Pero a la vez siempre anhelado.

No entiendo como no quedársete mirando,

Tus andares y tus veros.

Tu cabello, negro.

No entiendo como no enamorarme,

Si tú eres mis versos,

Eterna desconocida,

Temporalmente desaparecida.

ECHARTE DE MENOS NO ES TAN DOLOROSO,

COMO EL NO CONOCER TUS VERSOS,

Y SI TUS ANDARES